

Una alerta para la crítica: La debatida cuestión de *La tierra de Alvargonzález*

CARLOS BECEIRO
Valladolid

No es afán de polémica sino de reponer la verdad. Rechazar un error largo tiempo mantenido y ya sangrante. Pues van más de cuarenta años que, descubierto el cuento de “La tierra de Alvargonzález”, un crítico foráneo nos dijo que Machado escribió primero el cuento, y que de él extrajo más tarde el romance que todos conocemos. Una afirmación errada y arbitraria, sin validez posible, que sin embargo se ha mantenido con el favor de algunos eruditos, más atentos a repetir los ecos que a indagar la verdad. Pues en realidad —y ellos debieran saberlo— sucedió justamente lo contrario. Ya en 1956 publiqué en *Clavileño* el artículo “La tierra de Alvargonzález, un poema prosificado”, donde anticipaba el alcance y límites objetivos de la cuestión. Hoy, pasados los años sin una solución adecuada, es hora de romper el extraño inmovilismo que la envuelve. La ciencia progresa revisando una vez y otra sus supuestos. Y hay que actualizar la verdad para que no se conviertan en *dogma* las palabras del “maestro”, no siempre definitivas y más si no ha llegado a reunir los datos más imprescindibles. Los castillos más firmes no se mantienen sin asegurar sus cimientos.

1. Hay que anticipar dos hechos: a) que Macrí, fiado de su imaginación, ha levantado un edificio carente de solidez, defendido con razones incongruentes, y b) que existen datos suficientes para poder establecer del todo la verdad. Oreste Macrí ha sido sin duda un excelente recopilador de la obra machadiana, lo que hemos de agradecerle; pero no ha sabido deducir de su trabajo las consecuencias pertinentes. Ha sufrido, con “La tierra de Alvargonzález”, un terrible error, que han continuado recogiendo muchos de sus seguidores. De manera chocante y absurda, ha hecho *tabla rasa* de los datos recogidos en su edición crítica para, vuelto de espaldas a la realidad, poner en su lugar un modelo teórico, totalmente imaginario. Ha sido un engaño a los ojos, un puro error. Pues está claro que los hechos cronológicos, como el que tratamos, pertenecen por entero al mundo de lo real y palpable, y no pueden ser suplantados a voluntad por estimaciones subjetivas, cual si de productos espirituales se tratara. A los hechos reales hay que acudir con fundamentos reales, y más en ocasiones de raíz tan problemática como las opciones en litigio —el dilema entre la anterioridad del verso o de la prosa—, siempre reversibles y sin decisión arbitrable entre ellas. Hay que dar de lado al recurso fácil de sustituir la realidad viva por una opinión subjetiva, mal fundada y necesariamente gratuita.

No es fácil explicar cómo pudo producirse tal inversión. El crítico, sin duda seducido por un conocido *patrón* mental, el de buscar la *fuentes* originaria entre dos textos próximos, aventuró la ficción de que el cuento tenía que ser el punto de partida del conocido romance. El supuesto, empero, quedó sin demostrar, como si el hecho de la aparición tardía del cuento o el mero empleo de la prosa, siempre menos formalizada, pudieran ser garantía y aval suficientes. Un supuesto erróneo y algo trasnochado que, sin embargo, se dio por definitivo y promovió una nueva ficción al postular de añadidura que el romance era el producto inmediato de una *versificación* de la prosa.

2. Es exacto, como nota básica y esencial, que el cuento y el romance presentan a menudo extensos textos casi coincidentes, tales que, por supuesto, la frase “mu-cha sangre de Caín tiene la gente labriega”, puede pasar de un texto a otro con solo sustituir la voz *labriega* por *labradora*. Es tanto que no deja de causar sorpresa; y así ocurre en repetidas ocasiones y es de creer que uno de los textos ha tenido que ser la *fuentes* del otro. Pero surge inmediatamente la pregunta: ¿cuál de ellos? Una cuestión ardua y delicada, pues que las respuestas son del todo reversibles. Macrí, pese a las serias razones en contra, abogaba por el cuento como punto de partida.

3. El entorno empírico aconsejaba sin embargo un examen más cuidadoso. El dilema entre prosa y verso no estaba resuelto y, entre otros antecedentes históricos, era patente el ejemplo de los cronistas medievales, que pasaron a la prosa el verso de las gestas. Como ya sabemos, el verso ofrece una mayor dificultad material, al presentar condicionantes mayores... *Prosificar* el verso es romper sus ataduras internas dejándose llevar por la corriente natural del idioma y, así, muchas de las voces originarias del verso, en este régimen de libertad, pueden pasar directamente a la prosa o ser fácilmente sustituidas. *Versificar* la prosa es, en cambio, cargarla de ritmos métricos y acentuales que no tenía y, en su caso, someterla al goteo de la rima; obra de un mayor esfuerzo, necesita oído, imaginación y mayores dosis de paciencia, con un léxico que a menudo hay que sustituir o desplazar, a despecho del texto original. Es una nueva y lenta re-creación. Machado había empleado largos meses, entre sus otras actividades, para redactar en verso su poema; le bastaron en cambio escasas semanas para prosificarlo, incluyendo amplificaciones y arreglos. Y, por último, cabe hacerse la pregunta ¿para qué escribir en prosa totalmente un poema, desde su principio a un fin, si va a ser versificado poco después? Una mediatización innecesaria e inútil para un poeta: Gerardo Diego o Luis Rosales se mostraban claramente extrañados.

4. Pero vayamos a los hechos, que son los que cuentan, y no se quisieron tomar en cuenta. Estos demuestran de manera fehaciente que la prosa es posterior y que es tan solo una versión corregida y ampliada del romance, destinada al círculo de los lectores de una revista parisina, el *Mundial*, que se publicaba en lengua española.

a) En principio hay que aducir el testimonio, muy claro, del propio poeta, el cual hubo de rectificar ocasionalmente un escollo idiomático, una dicción soriana dialectal (“los macizos **grumos*”, esto es ‘los gruesos *repollos*’; una voz habitual para

Leonor y para las gentes todas de la ciudad). El poeta fue advertido en París, acaso por Rubén Darío (o acaso por el corrector de pruebas recomendado por Machado). La rectificación se llevó a cabo en todas las versiones, entre ellas el cuento del *Mundial Magazine* y el romance, publicado meses después, en *Campos de Castilla*; pero no así en los versos tempranamente enviados a Madrid, a *La Lectura*, según la costumbre del poeta, en los que se ha conservado aquella dicción testimonial. Este hecho indica, sin posible duda, el carácter primitivo de aquella versión, que entonces alcanzaba solamente 610 versos, y subraya su prioridad temporal absoluta. No fue, pues, el cuento el punto de partida originario, sino el *romance en verso* publicado primeramente en *La Lectura*. Lo ocurrido convierte esta versión en un documento inapreciable, en una directa confesión de la mano del poeta.

b) A este testimonio viene a sumarse, por otra parte, el análisis estadístico de los dos citados textos. Si buscamos en ellos el coeficiente de términos similares textual o semánticamente, nos encontraremos con una cifra muy elevada, en torno al 80%, es decir, un hecho habitual cuando el paso entre el romance y el cuento ha sido motivado por una *prosificación*; pero no en el caso de una versificación, para la cual el coeficiente se reduce mucho, hasta poco más del 20%. Es un hecho fácilmente comprobable, incluso con textos del propio Machado (extraídos, por ejemplo, de *Los Complementarios*). También esa perspectiva matemática nos advierte que primero fue el verso y después la prosa, contra otras apreciaciones apresuradas y erróneas.

5. Para una visión más completa, hagamos una sumaria recensión biográfica y documental. Borradas las caprichosas invenciones, todos los hechos encajan. El cuento surgió del romance como su conversión a la prosa. Machado venía tanteando el verso del romance, trabajándolo desde el momento de la excursión con sus amigos a las fuentes del Duero y a la Laguna Negra, ocurrida en los primeros días de setiembre de 1910. Finalizado este año, tuvo ocasión de viajar a París, en compañía de su esposa, con una beca de ampliación de estudios. Estaba obligado a redactar un informe sobre la enseñanza del idioma francés. El poeta asistió a conferencias en la Sorbona y envió a un periódico soriano un par de comentarios sobre la vida parisina. En medio de esas tareas, a fines de junio consiguió dar término a la versión primeriza, incompleta aún, de "La tierra de Alvargonzález", que se apresuró a enviar en primicia a Madrid, a la redacción de *La Lectura*. Pensaba tomarse después unos días de descanso en Bretaña, en compañía de su mujer, aprovechando el momento veraniego.

Pero las cosas no vinieron bien dadas. El 14 de julio su mujer cayó repentinamente enferma, con una hemoptisis. Las preocupaciones del poeta crecieron, y especialmente las económicas, al tener que ingresarla en un hospital. Necesitado de dinero, pensó obtenerlo con sus trabajos literarios, como en alguna otra ocasión. Tenía abiertas las puertas de la redacción del *Mundial Magazine*, que dirigía en París Rubén Darío y, con su apoyo, se decidió a poner en prosa el asunto del romance. Machado trabajó intensamente. Como disponía de escaso tiempo, optó por prosificar el verso, tal como habían hecho los cronistas medievales al recoger en las crónicas la materia de las gestas, hecho recordado tal vez en las clases de J. Bédier, en la Sorbona, a las que asistió. Pero había de ser una prosificación ensanchada con ciertas amplifica-

ciones, por mejor llenar las dimensiones y la textura del cuento. Por de pronto, iría precedido de un prólogo o preámbulo, con los recuerdos del viaje a las fuentes del Duero; pero aun así —ampliado en su arranque— el tiempo, apremiante, obligó a sacrificar los episodios finales, reducidos a una versión lacónica en exceso y acaso afectados por algún que otro olvido. El cuento, sin embargo, añadió por su parte un episodio nuevo, que duplica el asesinato del padre con el del hijo menor, y se enriqueció con nuevas variantes, temáticas o formales, explicativas o sentenciosas... El romance cobró así otras dimensiones, y, de ser una fábula simbólica de la difícil situación de España, con el sacrificio de su héroe, pasó a ser la crónica vulgar del declive de un grupo familiar campesino, un relato sangriento de “sucesos de España”, más a tono con las apetencias de sus nuevos lectores. Las cartas cruzadas con R. Darío muestran a las claras las inquietudes de Machado, su encrucijada vital y económica. Piden un préstamo para volver a Soria, en busca de un clima más favorable para la enferma; muestran su afán por dar término al trabajo emprendido; se disculpan por no haber podido despedirse personalmente del poeta nicaragüense e incluyen de paso la única referencia efectiva al cuento de que disponemos al solicitar el envío al instituto soriano de las pruebas de imprenta, para corregirlas.

6. La propuesta de Macrí, por la difusión alcanzada, merece un puesto dentro de la historia general de la superchería. Es sorprendente que, pudiendo haberse corregido con un simple examen de los hechos, se le haya concedido campar por sus fueros e imponer su “mundo al revés”. Un mundo en el que la prosa impone su ley al verso; o en el que la frase de “la sangre de Caín”, forzada semánticamente por contaminación bíblica, es como la llave secreta que permite argüir la supuesta prioridad al cuento. Donde la oficiosidad del crítico, versificando un trozo de la prosa o buscando en ella, “a mayores”, nuevas asonancias, se eleva a modelo de una actividad que el poeta no ejerció, convirtiendo así capciosamente la probabilidad en verdad. El crítico se permite además proponer una extraña preceptiva, como la norma que prohíbe al artista emprender obra alguna mientras no ultime y corrija la que aún tiene entre las manos: así el *cuento*, que no pudo ser redactado entre la primera y la segunda versión del romance. Una visión incongruente. Cuando, por una vez, todo podría demostrarse con claridad y rigor matemático, un crítico fantasioso se empeñó tercamente en enredarlo. Tenemos que corregir el dislate y proclamar la verdad.